

El ojo se llena de horizonte

PAMPA ABIERTA... No es posible que nada se esconda a los ojos de la muerte. Por lo suelos se ven los rastros del más duro tiempo. Y en el firmamento, el sol, se descompone en una furiosa carcajada llena de fuego. Las piedras esfuerzan sus bocas para gritarse, inútilmente, las consignas de la soledad. Las piedras evocan los cráneos malditos de un raza que quién sabe en qué sima de la desgracia encontró su adiós... Cuando el viento se dispone a soplar sus flautas, las pobres piedras alzan, un poco, sus torpes orejas y dijérase que intentan moverse, en un baile grotesco y eternecedor.

Yo ignoro si el diablo tiene pañuelo. Un pañuelo grandote y fiero para secarse la frente, una vez que ha colmado el negro hoyo de su heredad, con las almas de los condenados. Si lo tiene, es la pampa.

Las nubes se deslizan, lejanas, con timidez. El cielo se abre una bella sonrisa azul perdida. Es un cielo barnizado, como un espejo imperial. Los niños creen que, con los años, serán capaces de tocarlo con las puntas de sus dedos, endurecidos por el sol y la tragedia. Creen... Un día, sin explicarse cómo, principian a curvarse a la tierra y en sus espaldas el sol pateaba, como un caballo habituado a comer furias...

El cielo de la pampa es la tapa amorosa de una charca que conviene no mostrar demasiado... Es la única pureza que flota allá. Por las noches, las estrellas se hinchan de luz y se quedan bajitas, como para cuchichearles a los hombres los misteriosos acontecimientos de su patria. Las estrellas parecen puntos de tiza azul que un niño se entretuvo en rayar desde el techo de su casa. Fulgen ahí: ¡a un metro! Y llega la luna, con su panza de dulce preñada. Y es

una luna como la "o" de la palabra *gloria*. Rueda, silenciosamente. Los soñadores quisieran hacerlas caer, mediante una trampa de ensueño... Mas, la luna pasa. Y sus ojos apenas si se detienen, brevemente, en las calicheras abandonadas; apenas si advierten que, en las huellas, los hombres han ido dejando el polvillo de oro que se escapa del corazón, cuando no resta otra fuerza que la de la esperanza...

La tierra es seca. Un gris de olvido se escapa de las grietas. Y el desierto se queda plano, liso, macabro, igual que la mesa donde se juega, en un azar diabólico, el destino de un hombre...

Piedras: semillas del horror. Piedras para que la muerte marque su camino. Piedras que la sangre pinta, como terribles manzanas de una Hespérides muerta.

Y no hay más: los pájaros no podrían levantar sus casitas de cancionero; contra los pájaros irrumpe la atmósfera quemante y desgarradora. ¿Cómo vivirían las alas, sin la caricia del agua; cómo saldría el trino, si el horizonte es un guñapo de maldiciones...? El árbol fue devorado por el genio subterráneo que, allí, gruñe cuidando el caliche, como una leche maravillosa. El árbol es un país que limita con el cielo. Y, en la pampa, los límites se han equivocado, se han confundido en una recta de espanto.

Pampa abierta...

El viento se agacha y coge puñados de tierra. La tierra salta en un loco salto sin gracia. El viento se echa a galopar y silba para congregarse a todos sus hijos en tan cómoda pista. Y los hijos del viento acuden, desde sus encondites, brincando, gozosos. Y en el desierto no sucede, entonces, sino un delirio de cuerpos que danzan.

La oficina abandonada

El humo de aquella Oficina era un fantasma perdido más allá del cielo. Había, ahora, en las dependencias de ella una pesada arboración de soledad: soledad de

sol ensimismado y terco, de vientos que parecían escapar de alguna fábrica infernal, de olor agudo a casa abandonada, a orín de años, a yodo invasor. ¡Qué peque-

ña ciudad sin corazón! La Oficina que otrora ondeara vida, permanecía reducida a una dramática efígie de lo que el tiempo castiga y desdén: puertas sin mujer para el adiós del atardecer; panaderías donde la noche gemía, penetrando en los hornos, con desesperada avidez; piezas en que el frío se hospedaba y en las que las ventanas eran como las cartas de una baraja inútil y olvidada: la baraja del juego de los rostros en la fortuna de la vida.

Aterradora Oficina abandonada, república del silencio, dominio de crueles dimensiones; allí, las Estaciones reinaban, como en sitio de copas rotas; allí, la muerte no hallaba cauces y podía mirarse en tanta quietud, lo mismo que en un espejo inponderable.

Era la Oficina abandonada un silencio lleno de astas: hería.

Jotes, como rosas de un cielo sucio y desgarrado. Jotes, como única vibración para la soledad de la Oficina abandonada. Jotes. Y un golpe de viento, quebrándose en sus propias pezuñas. Vientos con tambores hondos en plenitud de hoguera; viento poseso por quién sabe qué espíritu de sombra; viento entregado a sus iras; viento que inventaba cornetas potentes y arrastraba el jayl de los ahogados, de los atravesados por una aguja de quebranto de los hombres que entraban al delirio.

En la Oficina abandonada: Jotes y viento para la contienda con el silencio. Y el silencio con la sabiduría de los huecos, del rincón cordial, del agujero donde se esquiava a la muerte. Y los jotes hambrientos con

una ilusión de osamentas en el pico. Y el viento, turista de estas arenas, con los talones devorados por los siglos.

No era la Oficina abandonada un cementerio; era más: ¡era un jardín donde el color se olvidaba de sí mismo! Bajo la presión de las noches, la Oficina abandonada murmuraba imperceptibles blasfemias y la obscuridad cogía de sus casas desamparadas los fillos con que ayudaría al crimen en la vorágine de las ciudades.

La Oficina abandonada labraba sus joyas con los huesos de los animales muertos que blanqueaban su pecho oscuro, los animales que restaban en medio de sus marañas de silencio cuando los hombres huían, como arcángeles malditos.

Los perros de la Oficina abandonada hacían caer la luna, con sus ladridos helados y la muerte les brindaba una eficaz semilla de locura; eran estos perro como siniestros soldados sin estrellas: sus ojos recordaban una ventana rota por la que se veía una lluvia, de fulgentes puñales; eran diestros en percibir el corazón humano en sus flaquezas, con los colmillos más firmes que punzón de cuarzo.

Decir: *Oficina abandonada*, es decretar a los dedos la gangrena, tapar el sol con piedras negras, alistarse en las huestes de la sombra.

Una Oficina abandonada en los límites del tiempo... Un perro con las fauces palpitantes. La luz como llorando.*

**Norte grande*, 2ª Ed. Editorial Orbe, 1959, págs. 19-20 y 87-100.